

STAR CRAFT

HEART OF THE SWARM



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

La Salida

Por Danny McAleese

—¿Escuchas eso? Ya sortearon la muralla.

Los sonidos metálicos eran apenas audibles entre el viento, pero no había posibilidad de confundirlos. Los cuatro hombres sentados a la mesa se acercaron un poco más los unos a los otros. No era por miedo, sino para conservar el calor.

—¿Tú crees? —Preguntó Prescott sin ocultar el nerviosismo en su voz. —Vaya, las murallas son tan gruesas que no creí que...

—Cierra el pico —gruñó Garrick mientras volteaba su siguiente carta—, sólo te está jodiendo. —Luego echó una mirada de complicidad a su compañero y una sonrisita se dibujó en su rostro. —¿O no?

Charn cayó en la cuenta de que disfrutaban asustando al novato. Ver como desaparecía el color del rostro de Prescott era mucho más entretenido que cualquier otra cosa que habían hecho en los últimos seis días. En particular, más que jugar cartas.

—Si lograron sortear la muralla, ya estuvo —dijo Kort con naturalidad al son de un suspiro de resignación fingido—, roerán los cables de energía y moriremos congelados en este agujero.

Garrick tomó otra carta. —Para nada, nos encontrarán mucho antes de que nos congelemos. Somos lo que irradia más calor en 20 kilómetros a la redonda. Las criaturas se abrirán paso hasta acá antes de dirigirse a ningún otro lado y, ahí sí, ya estuvo.

El viejo marine no se equivocaba en cuanto al frío. La caldera llevaba seis horas apagada y entre todo lo que hallaron en el antiguo búnker no había combustible. Los conductos geotérmicos en el suelo constituían la única fuente de calor restante, pero era terriblemente inadecuada.

—No pueden haber llegado aún —razonó Prescott—, el fantasma habría visto. Nos habría avisado y estaríamos en camino lejos de aquí.

La segunda parte de la mano fue repartida y Kort se llevó el premio: seis rondanas grandes, diez pequeñas y un par de fichas de dominó desportilladas. Ayer jugaban por comida y duchas sónicas, pero el futuro era demasiado borroso en este punto. *Qué mal que no había suficientes fichas de dominó para jugar una partida*, pensó Charn. Sería un cambio agradable.

—Quizá ese sonido fue *él* —dijo Prescott esperanzado—, tal vez se prepara para efectuar el llamado.

—Puede que esté muerto —replicó Kort, callando de inmediato al joven marine. A esto siguió un silencio incómodo. Las palabras del veterano reflejaban lo que todos pensaban pero que nadie deseaba expresar.

—C-creo...

—A nadie le importa lo que crees —interrumpió Garrick. No habrá extracción. Si los de operaciones especiales se largaron, ya fue. Nadie más sabe que estamos aquí.

Probablemente había verdad en eso, pensó Charn. Las órdenes de la misión eran sencillas: permanecer en las ruinas del complejo abandonado hasta que los zerg hicieran acto de presencia. Una vez que eso sucediera, el fantasma asignado a su unidad solicitaría un ataque táctico de precisión y posteriormente solicitaría la extracción.

En resumen, eran la *carnada*.

A Charn no le agradaba la situación más que a los otros, pero era su primera tarea; su primera misión. No rompería filas ni desobedecería órdenes a menos de que no hubiera otra opción.

El único problema era el fantasma. Perdieron contacto con él hace 26 horas. Vaya, nadie lo había *visto* ni una vez durante toda la misión. No era más que una voz entrecortada al otro extremo de un comunicador traqueteado y ya no decía nada.

Para empeorar las cosas, el fantasma tenía los códigos para transmitir la solicitud de extracción.

—Intenta comunicarte de nuevo —Charn le dijo a Garrick—, prueba todas las frecuencias.

—¿Crees que no hice eso ya? —Respondió hoscamente el marine. —Pura estática.

—Entonces habrá que ir a visitarle —dijo Charn—, tenemos que checar.

Kort le lanzó una mirada a Garrick y ambos, sin necesidad de palabras, pensaron lo mismo. Charn sabía que los dos marines eran veteranos y respetaba eso. Juntos habían visitado lugares y hecho cosas que Charn deseaba vivir en carne propia. Esa fue la razón por la cual se enlistó.

Nadie dijo nada por un buen rato.

—*Uno* de nosotros irá. —Kort rompió el silencio como si estuviera al mando. No era el caso. De hecho ninguno de ellos tenía autoridad, no desde que desapareció el cabo.

Prescott parecía confundido. —¿Uno de *nosotros*?

Garrick asintió con lentitud. —El Cerezo tiene razón, hay que hacer algo.

—¿Quién?

—Lo dejaremos al azar. —Garrick tomó las cartas.

El complejo era de tamaño considerable sin ser gigantesco. El fantasma se encontraba en la torre del sur, la cual tenía vista al horizonte. No había modo de llegar ahí sin cruzar el oscuro, inmenso y helado atrio.

Charn miró al corpulento marine barajar las manoseadas cartas que les habían mantenido entretenidos la mayor parte de la semana pasada. Sus anchas manos flotaban sobre la mesa mientras repartía las cartas; sus dedos estaban tapizados de cicatrices.

—La mano más baja irá. —Confirmó el viejo marine. —Nadie se echa para atrás y no hay “dos de tres”. Sólo es cosa de salir y regresar. Ya veremos qué hacer después de eso, ¿entendido?

Todos asintieron; Prescott fue el último. No quedaba más qué decir. Charn observó como los demás tomaban sus cartas antes de tocar las propias.

Dos reinas. Enorme, tremendo.

—Tres —dijo Charn, deslizado boca abajo el resto de sus cartas sobre la mesa. Los demás también desecharon tres cartas, con la excepción de Prescott. Después de dudar un poco, el joven marine desechó una carta.

—¿Sólo necesitas una? —Preguntó Garrick.

Prescott asintió casi a modo de disculpa.

Garrick se encogió de hombros y repartió el resto de la mano. Todos tomaron sus cartas.

—Tú primero. —Kort miró fijamente a Charn antes de volverse y escupir hacia el suelo.

Sin palabras, Charn colocó sus tres reinas sobre la mesa. Garrick dejó escapar un quedo silbido.

—Carajo, Cerezo, tienes suerte. Parece que *tú* no vas.

—Yo tampoco —Kort reveló un par de sotas—, y qué bueno porque me estoy helando.

Todos se volvieron hacia Garrick, quien los hizo esperar a propósito. —Par de nueves —declaró al fin. Luego, de modo más convincente, el marine volteó sus cartas sobre la mesa.

El juego ahora estaba en manos de Prescott, quien no paraba de moverse. Miraba sus cartas y las de los demás como si buscara que las piezas encajaran mágicamente en su sitio. Eventualmente mostró lo que tenía.

—No tienes nada —Kort miró la mano—, sólo un as.

Garrick tomó las cartas de Prescott y las extendió sobre la mesa. —¿Qué demonios pretendías hacer? ¿Otra corrida? —Empujó las cartas del joven soldado con un dedo

grueso. —¿Recordaste que a esta baraja le faltaba un rey cuando la encontramos? Qué estupidez.

Prescott aún no había dicho nada. Tenía los hombros encogidos y negaba con la cabeza, luego alzó las manos en un gesto de derrota. Palmas planas, dedos extendidos.

—Bueno, agarra tus cosas —dijo Garrick mientras extendía una mano hacia las cartas—, porque será...

De súbito, Charn sujetó con fuerza la muñeca de Garrick. —Espera un momento.

Molesto, el marine retiró el brazo como si le hubiesen herido. Charn lo soltó, asintiendo en dirección a las cartas que se encontraban frente a él. —Parece que tienes dos nueves de diamantes.

Todas las miradas convergieron sobre las cartas de Garrick, era cierto.

Kort se echó a reír. —¡Vaya, compañero! ¿De dónde carajos sacaste *eso*? Todos los boletos de ida sin regreso... todas las veces que echamos suertes. ¡Siempre creí que estabas siendo derecho conmigo! —Siguió riendo mientras estrujaba la carta delincuente. No sólo provenía de una baraja distinta, sino que el reverso también era de diferente color.

—¡Cállate! —Garrick bufó; sus palabras escurrían veneno. El viejo marine le lanzó una mirada feroz a Charn. —El cerecito tiene tres reinas, qué lindo. Las únicas reinas que ha visto en su *vida*.

Garrick, un hombretón de dos metros de altura, se incorporó de súbito y colocó estruendosamente un pie sobre la mesa. Luego, alzó hasta la rodilla su pantalón rasgado, revelando una brutal cicatriz irregular que parecía devorar la mitad de su pantorrilla.

—¿Ves eso? —Señaló. —Ocurrió en Revera, donde una reina zerg casi me arranca la pierna. Perdí ochocientos hermanos ese día. Seis más el siguiente.

Todos estaban de pie, pero nadie decía nada. Prescott no dejaba de mirar al suelo; Kort sonreía aún.

—Y esto. —Garrick se recogió su sucio cabello negro. —Una bala grabó una hendidura en mi cráneo. El marine pasó sus dedos sobre la misma, picándola de manera obscena. — Fuego amistoso, *día increíble*.

Charn se mantuvo firme, mas Prescott intentó retroceder. Garrick agarró al muchacho por el hombro y lo jaló hasta que quedaron cara a cara. El viejo marine gruñó, sus dientes amarillentos estaban a centímetros de la nariz de Prescott.

—Aún así vas. —Dijo. —Esto no cambia las cosas. Hice mi parte e hice mi servicio. Estoy demasiado viejo para esta mierda, ahora te toca a ti.

Garrick soltó a Prescott y éste se desplomó en su silla, derrotado. Era obvio que el veterano no iba a salir a ningún lado.

—Iré yo. —Dijo Charn. Las palabras no parecían provenir de su boca.

Kort se volvió con curiosidad, como si viera a Charn por primera vez. —¿Sí? ¿Estás seguro?

—Sí. —Charn asintió, más para sí mismo que para los demás—, estoy harto de esperar. Terminemos con esto.

La armadura de combate era tan pesada como lo era antigua. Hallaron la coraza en la armería del búnker y las placas para las piernas en un pequeño baúl justo afuera de las puertas presurizadas. Eran trozos de metal antediluviano con correas. El traje se sentía helado al contacto con la piel, pero al menos servía como rompevientos.

Las botas y los guantes ya no existían; Charn casi dejó el recinto sin protección para la cabeza.

—Toma. —Kort le lanzó el casco sin visor. —Valiente es una cosa, estúpido es otra muy distinta. —Con esas palabras, el marine cruzó el umbral y desapareció.

Afuera del búnker el viento era brutal. Charn tuvo que inclinarse de manera pronunciada para evitar caer al suelo. Los otros dos hombres estaban apiñados bajo lo que quedaba del toldo, impacientes por regresar al interior.

—¡La torre sur se encuentra en esa dirección! —Gritó Prescott al viento mientras señalaba con el dedo, temblando de pies a cabeza. —Rodea el taller y pasa el tercer garaje. Cuando llegues a la pared, vira a la izquierda y síguela.

Charn asintió. Garrick le entregó su AGR-14 modificado y le dio una palmada en el hombro con tal fuerza que casi lo derriba. —¡Buena suerte!

—No olvides sellar las puertas una vez que me encuentre en camino. —Dijo Charn.

Garrick esbozó una sonrisita. Sostenía un soplete de plasma. —Tu ni te apures por eso.

Sus camaradas desaparecieron y Charn se volvió para encarar al viento, maldiciendo el hecho de que éste soplaba en su contra. Avanzó un paso a la vez, protegiendo sus ojos con una mano y usando la otra como apoyo.

Para llegar al taller tenía que cruzar el enorme atrio. Ésta era la peor parte del viaje pues, sin edificios en los alrededores, el viento era dos veces más fuerte y cinco veces más frío. Escurría cual líquido sobre el cuerpo de Charn, golpeaba su rostro expuesto y se deslizaba por su cuello y pecho. Las manos pronto se le engarrotaron y sus dedos se trabaron en una especie de torcido saludo mientras intentaba cubrir sus ojos de los embates del viento.

No obstante, siguió avanzando paso a paso. Pronto, Charn llegó a la mitad del gélido trayecto. Ahí miró en todas direcciones y sintió que se encontraba en el limbo. Apenas y podía discernir la silueta del búnker detrás de él. Al frente, el taller parecía estar a kilómetros de distancia. Bajo sus pies no había más que hielo negro liso y, a mayor profundidad, asfalto congelado.

Charn apretó su AGR-14 con más fuerza y siguió caminando. Cruzar el atrio le tomó casi diez minutos y rodear el taller otros dos o tres. Pronto encontró la fila de garajes que mencionó Prescott y empezó a andar hacia ellos antes de darse cuenta de que el segundo estaba abierto.

Tenía la esperanza de hallar una puerta techada para detenerse y regresar la circulación a sus extremidades, pero esto era aún mejor. Charn trastabilló al interior del garaje oscurecido, irguiéndose con el cambio de inercia.

Era difícil de creer que hace unos meses este puesto de avanzada se encontraba activo. Charn trató de imaginar a los cientos de personas que trabajaban aquí. Manejaban la maquinaria, operaban las defensas, daban mantenimiento a las estructuras. Asimismo, dormían en los cuarteles, comían en el comedor y mantenían los generadores funcionando. Sin embargo, todo eso fue previo a los zerg, antes de que el Enjambre llegara a fastidiarlo todo. Charn flexionó sus dedos mientras pensaba que esta situación ocurría con mucha frecuencia.

Luego, en una de las esquinas del garaje, algo se movió.

Fue casi imperceptible en un principio, sin embargo, conforme sus ojos se ajustaban a la falta de luz de luna, Charn comenzó a distinguir detalles. Las sombras cambiaron en torno a la figura, revelando su tamaño y posición. Para cuando se dio cuenta de lo que era, Charn ya tenía el arma lista y estaba disparando.

Los fogonazos del cañón del rifle gauss iluminaron la habitación al ritmo de veintiocho descargas por segundo. El zerguezo estalló en una lluvia de sangre y cartílago, chillando salvajemente al morir. Charn vio el cadáver danzar al son de estrobos en la oscuridad mientras era despedazado por munición de punta hueca. El joven marine soltó el gatillo cuando se hizo obvio que disparar ya no era necesario.

Zerg, aquí. Un escalofrío recorrió su espalda pese a la adrenalina. El rifle gauss se sentía bien en sus manos. Tenía peso y vida, como si le rogara a Charn que siguiera disparando. Parecía llamarle, o quizá su cuerpo sólo quería más calor para sus manos y dedos.

Charn activó la lámpara del rifle e iluminó los restos de la criatura. Había trozos de caparazón regados por el garaje, así como sangre, moco y quién sabe qué más embadurnado en las paredes.

El marine avanzó con curiosidad y tocó lo que quedaba del zerguezo, maravillado de lo pequeño que se veía; de su apariencia inofensiva. Charn se preguntó cómo algo así podía ser tan peligroso, cómo era posible contar tantas cosas espantosas acerca de algo tan insignificante.

En ese momento, el segundo y tercer zerguezo chocaron contra su espalda.

Irónicamente, fue la velocidad de las criaturas lo que lo salvó. El impacto proyectó a Charn con violencia hacia el frente, arrebatándole el rifle gauss al dar contra el suelo. Sus dos atacantes pasaron de largo —garras y cuchillas frontales haciendo ruido sobre el resbaladizo suelo del garaje— y se estrellaron de costado contra la pared al fondo del recinto.

El primer zerguezno chocó con fuerza contra el muro. Charn se incorporó de un salto y notó que el monstruo, aturdido, buscaba un punto de apoyo en el suelo helado; una de sus alas quebradas colgaba en un ángulo extraño. Fascinado, Charn no podía apartar la vista de la criatura que se agitaba con dificultad. Pudo sentir que ese par de ojos enloquecidos le consumía, ojos que brillaban como ascuas en la penumbra.

El otro zerguezno estaría encima de él antes de que pudiera alcanzar su rifle. En lugar de intentarlo, Charn decidió soltar una patada contra el punto más grueso del tórax segmentado de la criatura. Corrió con suerte y lo pescó al vuelo, justo antes de que dos garras, cual guadañas, se cerraran en torno a su cabeza con precisión mortífera.

Charn saltó hacia su rifle mientras el zerguezno se recuperaba. El marine giró y disparó dos ráfagas a ciegas mientras el monstruo saltaba detrás de una pila de escombros ennegrecidos. No estaba seguro de haberle dado. Charn disparó una y otra vez hacia los escombros para asegurarse. Las balas levantaban nubes de polvo, humo y trozos de metal.

De pronto recordó a su otro adversario. Al volverse hacia su derecha, el marine sintió terror al notar que el primer zerguezno ya no estaba ahí. Charn retrocedió con lentitud hasta salir del garaje y comenzó a buscar esos ojos característicos. Entre el humo y la oscuridad, éstos revelarían la ubicación del enemigo... o eso le enseñaron.

El viento lo golpeó con fuerza cuando dejó el garaje. La luz de luna se colaba por todos lados, en patente contraste con las sombras en el interior de la estructura. Charn disparó a ciegas un par de ráfagas hacia la puerta. Buscaba obtener preciosos segundos en su intento de alejarse aún más. Descargaba ráfaga tras ráfaga mientras retrocedía, pensando frenéticamente qué hacer.

Sólo bajó la vista por un segundo. El contador de munición del rifle marcaba 60. Al mirar de nuevo al frente, la criatura que se había ocultado tras los escombros ya casi estaba encima

de él. Los filosos dientes del zerguezno desgarraron la carne de su brazo con facilidad. Charn sintió lo ocurrido antes de que sus ojos lo registraran.

Disparando sin control, el marine trazó un arco amplio con el rifle. Los 59 tiros que quedaban en el cargador perforaron al monstruo como si éste fuera un trozo de papel higiénico, partiéndolo en dos. El último disparo hizo eco en las paredes de la base vacía, reverberando seis u ocho veces antes de que regresara el silencio.

Sangre escurría por el antebrazo de Charn y se extendía sobre los dedos de su mano izquierda cual telaraña carmesí. La piel de su hombro estaba hecha jirones y ardía como si un veneno vil recorriera sus venas. Charn dejó caer el rifle —cuya alarma de munición chillaba mientras dos ceros parpadeaban en el contador— y echó a correr. Pasó frente al tercer garaje, donde empezó a buscar la muralla.

No le tomó mucho tiempo encontrarla, pues era inmensa. Medía alrededor de 12 metros de altura y su grosor era absurdo. Contaba con emplazamientos en la parte superior, donde alguna vez hubo torretas. Ahora sólo quedaban cables en agujeros vacíos, danzando con violencia al son del viento.

Charn se desabrochó la coraza y la tiró. La parte superior estaba doblada y se clavaba en su cuello con cada paso. Sin rifle ni armadura se sentía desnudo, pero mucho más ágil. Viró hacia el sur y apretó el paso.

El marine se detuvo al cabo de 90 metros, frente a un agujero considerable en la pared. Éste era del doble de tamaño de un camión grande. El acero había sido derretido desde el exterior y buena parte del suelo presentaba charcos de escoria endurecida. Podría haber sido el resultado de un proyectil incendiario, mas no existía ninguno de ese tamaño.

Su instinto de sobrevivencia le indicaba que no se detuviera. Charn podía ver la torre, fantasmal e imponente, en la distancia. La ironía no le pasó de noche y dejó escapar una risita nerviosa que no le hizo sentir mejor.

Charn se encontraba a medio camino de la torre cuando su instinto le hizo volverse. Algo corría a gran velocidad junto a la muralla.

El zerguezno del ala rota venía por él.

Los pies de Charn retumbaron con fuerza en el frío asfalto cuando echó a correr. Llegar a la torre era su única opción. Sólo tenía una oportunidad de ganarle a la criatura antes de que ésta lo alcanzara y no había tiempo para calcular si era posible hacerlo.

Extrañamente, el marine sudaba. Tenía frío y sangraba, pero jamás había sentido tanto calor en su vida. La camisa de Charn estaba empapada con sangre y sudor; los pulmones le ardían profusamente a causa del aire helado. La torre se apreciaba imponente frente a él, una delgada lanza de metal clavada con violencia en el cielo.

Llegó al elevador antes que la criatura y presionó el enorme botón amarillo, mas no ocurrió nada. El corazón le dio un vuelco. Charn presionó el botón con más fuerza y ahí cayó en la cuenta de que no iba a funcionar.

El complejo corría en energía de respaldo, sólo estaban activos los sistemas de soporte de vida y las luces de emergencia. Charn lo sabía, por supuesto, pues estuvo en el búnker toda la semana pasada, pero no lo consideró a causa de la conmoción.

Charn podía escuchar al zerguezno aullar mientras corría y eso le aterrorizaba aún más que su apariencia. El chillido inhumano de la criatura pronto superó al viento en tono y volumen conforme se aproximaba. Eventualmente llegaría frente a él, junto a su oído. El sonido le enloquecería... justo hasta que las fauces del monstruo se cerraran en torno a su garganta.

No obstante, había una escalera de servicio al otro lado de la torre, con travesaños de metal incrustados a lo largo de su extensión vertical. Charn corrió hacia allá sin mirar atrás. Extendió un brazo, concentrado en el travesaño más alto que pudiera alcanzar, y comenzó el ascenso por su vida.

Sus dos pies estaban firmemente plantados en la parte más baja de la escalera cuando una de las afiladas extremidades del zerguezno le atravesó la pierna. Era similar a un ancla rígida que penetró hasta el hueso mientras Charn intentaba liberarse. El marine pateó con su pierna libre, pero no alcanzó más que aire. Abajo, los chillidos de ira se convirtieron en triunfo.

El zerguezno hirió las piernas de Charn. El dolor era terrible. Las filosas extremidades de la criatura se movían de atrás hacia adelante, regando sangre por la base de la torre. Charn

gritó entre dientes, intentando ascender con todas sus fuerzas. Algo reventó en una de sus rodillas, pero no desistió.

La criatura dio un fuerte tirón y azotó el cuerpo de Charn contra el frío acero de la torre. El sonido del choque de metal contra metal resonó con fuerza, penetrando la nube de dolor en un instante de súbita y brillante lucidez.

La stinger.

Con una mano temblorosa, Charn desenfundó su arma de cargo. La C-7 se agitaba sin control mientras le apuntaba a la criatura. El marine tiró del gatillo una y otra vez, ignorando los agudos chillidos y alaridos inhumanos que siguieron. Éstos vibraban en su cráneo y amenazaban con enloquecerle, pero Charn no dejó de disparar hasta que el arma emitió una serie de clics.

Charn abrió los ojos y miró hacia abajo. Los tiros de la pistola de agujas habían clavado al zerguezo al suelo congelado en múltiples secciones. La criatura herida intentaba liberarse, pero su cuerpo estaba destrozado.

El marine descendió un escalón y tomó la pistola por el cañón, descargando una serie de golpes brutales contra la cabeza del monstruo moribundo. Después comenzó el lento ascenso de 18 metros por el costado de la torre entre el ventarrón.

En el interior de la torre, la temperatura era agradable. Dos calderas de vapor generaban calor y Charn, al entrar al recinto superior, descubrió que ambas funcionaban al máximo de su capacidad.

La escotilla por la que entró había sido forzada, probablemente por el fantasma, lo que era una buena señal. Entre eso y la calefacción activa, Charn se sentía optimista.

El marine entró al área de observación y se sorprendió por lo que vio. Un enorme muro de acerplas ofrecía una vista sin obstrucciones en casi todas direcciones. Dos lunas blancas iluminaban un paisaje devastado al este. Era hermoso, desolado y bastante solitario.

Charn vio su reflejo en el vidrio. Estaba cubierto de mugre y sangre de pies a cabeza. Su hombro estaba inflamado y en malas condiciones; las laceraciones en sus piernas aún peor. Se preguntó en silencio si Garrick aún le llamaría cerezo.

Al otro extremo de la ventana había una figura humanoide entre las sombras. Tenía la cabeza ladeada y miraba hacia el exterior; el fantasma. Como no se movía Charn creyó por un momento que estaba muerto.

La cabeza del fantasma giró para mirar a Charn directamente, como si estuviera midiéndole. El marine no podía ver su rostro. Los ojos robóticos de la máscara brillaban de manera vacía y escalofriante.

Con la misma lentitud, y sin decir nada, el fantasma regresó a mirar el paisaje iluminado por las lunas.

—Oye —dijo Charn mientras se quitaba el casco. —¡Oye! ¿Qué diablos está pasando? ¿Cómo es que perdimos contacto?

El fantasma permaneció inmóvil con los brazos cruzados, mirada fija en la oscuridad. Charn aguardó medio minuto y después reunió valor suficiente como para dar un paso al frente.

—Ya estamos hartos de podrirnos en ese búnker —dijo con mayor firmeza. Después de lo acaecido afuera, esto no era nada. Su miedo disminuía con rapidez y lo reemplazaba la ira.

—Solicita la extracción. Es hora de irnos, el Enjambre no va a...

Charn divisó algo en la distancia. Sin saberlo, avanzó dos pasos más hacia la ventana de aceroplas. Notó algo más allá de las murallas del complejo.

—Deberíamos, um...

Las palabras se atoraron en su garganta. Algo se movía en el horizonte. Algo se agitaba, *revoloteaba*.

—¡El Enjambre! —Charn espetó asombrado. —¡Ahí está!

Había cientos, no, miles de zerg reunidos a buena distancia de la muralla exterior del complejo. No avanzaban, pero Charn podía ver que se agitaban con cierto grado de

emoción. Vio colonias enteras de zergueznos y criaturas de mayor tamaño entre ellos. En el cielo divisó mutaliscos que descendían en picada y aleteaban describiendo círculos lentos y perezosos.

El fantasma no dijo nada.

Charn se acercó a la ventana. ¡Dale, envía la señal; envíala! ¡Solicita el misil nuclear y los aniquilaremos a todos al mismo tiempo!

De modo inquietante, cual autómata, el fantasma sólo dijo dos palabras.

—*Está hecho.*

Charn cerró los ojos con alivio. Al fin. Ahora podrían regresar a casa. Respiró profundo, limpiándose el sudor del rostro y acomodándose el cabello. En la distancia le pareció escuchar los motores de la nave de transporte que se aproximaba.

Todo estaba bien, todo salvo el punto rojo en el suelo.

El fantasma se quitó la máscara, revelando ojos blancos, vidriosos y sin vida. Se inclinó hacia el frente con un tirón mecánico y fue ahí cuando Charn vio los tentáculos verdes que surgían de la columna vertebral del hombre, los cuales aprisionaban su cuello y cabeza... tentáculos que pertenecían al parásito neural que ahora controlaba todos los movimientos del fantasma.

—*Está hecho.* —Repitió el fantasma. Sin embargo, sus labios no se movieron. En lugar de eso, los músculos en torno a su boca comenzaron a formar una sonrisa. Era el rictus enfermo y antinatural de algo que desconocía lo que una sonrisa debía ser.

El fantasma se fundió con las sombras y lo último que vio Charn fue un brillo característico al activarse el dispositivo de camuflaje.

Charn palideció y su boca se abrió de manera desmedida.

El punto rojo parpadeaba aún mientras el rugir de los motores se hacía cada vez más fuerte.